

Aspectos sociopolíticos de la poesía española del siglo XX

María Francisca FRANCO CARRILERO

Universidad de Murcia

msfranco@um.es

Parece inevitable, cuando de aspectos sociales o políticos de la poesía española se refiere, centrarla en épocas convulsas o problemáticas, es decir, en nuestro caso, referirnos a la poesía de la época de posguerra. Antecedentes lejanos habríamos de buscarlos, por ejemplo, en el convulso siglo XIX, concretamente en los ingredientes políticos de alguna poesía popular de carácter claramente subversivo (contra Fernando VII, o, simplemente, sobre aspectos relevantes del entorno social). Algún elemento atisbamos en el propio Espronceda (paradigmático, controvertido), pero los precedentes más próximos estarían, sin duda, en el oriolano Miguel Hernández –tras asumir el magisterio del genial Neruda–, que dio entrada a temas tan poco distinguidos como la pobreza, o a una sinestésica sensualidad, todo ello orientado a una finalidad claramente política, aspectos todos ellos que debemos al Nobel chileno.

Hemos de aludir, inevitablemente, a las resistencias surgidas al querer introducir estos ingredientes en un género tan aristocrático como el poético. La poesía es doncella y no señora, se afirma. Esto daría lugar a más de una polémica sobre su esencia y finalidad, concretándose en dos posturas controvertidas, a favor o en contra de la instrumentalización de la poesía. En esa dialéctica encontramos sumidos a nuestros poetas de la posguerra: de un lado los poetas sociales (Otero, Celaya), del otro, todos los restantes, sin más distinciones¹.

Éste sería, muy a vuela pluma, el marco en que centraríamos nuestra intervención, necesariamente restringida por razones de tiempo y espacio que así lo requieren. Sin esas restricciones habríamos de referirnos más ampliamente, sin duda, a las relaciones e influencias con la poesía hispanoamericana, estableciendo paralelismos que tal vez aclararían las diversas tendencias adoptadas por nuestra poesía de posguerra.

Desde nuestra actual óptica no parece razonable que en dicho panorama temporal (décadas de los años 40 a los 60, aproximadamente) surgieran tantas resistencias para cantar desde el verso los más íntimos anhelos de cambio y libertad, de visión esperanzada en un futuro más justo y prometedor. Una razón ya la hemos apuntado hace un momento: el carácter aristocrático del género poético y la consecuente resistencia de algunos poetas como Aleixandre (cuya longevidad le permitiría servir de guía y maestro de muchos de los jóvenes poetas de la época), o como Bousoño (su más fiel discípulo), quien enristró la pluma para hablarnos de la esencia de las obras de arte, haciéndonos ver que un objeto, por ejemplo, un timón de barco, se convierte en algo artístico cuando deja de ser útil, oponiendo, pues, belleza y utilidad. Parecía, pues, que toda poesía con la finalidad pragmática de, por ejemplo, mover a la acción, estaba condenada, por lo menos, a carecer de calidad, a ser una poesía de circunstancias, sometida a una serie de trabas (el tiempo para su elaboración, la ‘caducidad’², el tema, de pie forzado) que parecían condenarla a ser, con mucha probabilidad, un simple panfleto.

Evidentemente, esto no aconteció así. La poesía social de nuestra posguerra ha resultado ser de una longevidad y vitalidad más que loables, es más, de entre las diversas corrientes

¹ Evidentemente, esta clasificación tan excluyente es la adoptada por los poetas sociales, poetas para los que todos los que no «tomaban partido hasta mancharse» eran calificados como «neutrales», y, consecuentemente, contrarios, ya que, según afirmaba Celaya: «pensad que ser neutrales es pronunciarse en contra».

² Me refiero al hecho de ser una poesía compuesta para una circunstancia o hecho concreto; transcurrido el evento, la poesía (de alabanza, o denostación, por ejemplo) deja de tener actualidad (si el poeta se ha dejado llevar por el tema sin preocuparse de otros elementos técnicos o rítmicos).

tes de la poesía de posguerra, la tendencia política es la de más actualidad. Es curioso observar como, en época de elecciones (o, simplemente, en sus discursos), políticos de uno y otro signo hacen suyos los versos y aun las consignas de nuestra poesía social. Todo ello me llenó de perplejidad, llevándome, inevitablemente, a reflexionar sobre la cuestión, a tratar de hallar una explicación a tales, sorprendentes, hechos. ¿Por qué una poesía, presumiblemente destinada a desaparecer tan rápidamente como era creada, permanece? Y, por el contrario, ¿por qué poemas, aparentemente a salvo de la acción del tiempo: religiosos, existenciales, hoy son totalmente desconocidos para la mayoría de los lectores?

El *quid* de la cuestión está (junto a otros muchos factores secundarios), esencialmente, en que autores de la talla de Otero, Neruda o Celaya supieron rescatar esa dimensión oral, musical, que la poesía popular poseía en su origen. Era en sus comienzos una poesía para la vida: se cantaba, se amaba o lloraba con la poesía. Poesía del pueblo, que era cantada o recitada en voz alta, para la vida. Con el devenir de los siglos se alejó de su origen y se convirtió en lo que desafortunadamente hoy es algo circunscrito a una minoría y que raramente se declama. Apenas si se lee. Por tanto, fue genial el hallazgo, la recuperación³.

Si nos detenemos en el periodo a que se hace referencia, comprobaremos que fue una época difícil, conflictiva: aislamiento, pobreza, enfermedades, muerte. Una etapa, en definitiva, poco propicia para la creación literaria. Hay, en ese sentido, épocas históricas igualmente complicadas —la Edad Media— en las que se utilizó la literatura (el *delectare*, lo dulce) para hacer tragar al lector la píldora (el *docere*). Y, casualmente, esa doctrina era de carácter moral o político. Es decir, se utilizó a la literatura con fin pragmático, se instrumentalizó. La poesía épica se usó para incitar a las huestes al combate, y tanto se instrumentalizó que el vehículo dejó de tener importancia y la poesía épica, como lo importante era contar, comunicar, se convirtió en prosa. También se trataba de épocas difíciles, oscuras. Podemos, pues, concluir, que en tiempos revueltos la literatura, la poesía se ha utilizado como arma arrojadiza, se ha instrumentalizado.

Habíamos citado como antecedente menos próximo de la poesía social la poesía popular del siglo XIX (incitando a la revuelta contra Fernando VII si no juraba la constitución), o al propio Espronceda, que suele utilizarse como paradigma del siglo porque ejemplifica muy bien las diversas tendencias o movimientos literarios —neoclasicismo, prerromanticismo, romanticismo—. Rastreamos en este autor una serie de personajes que podemos calificar de marginales (mendigo, verdugo, reo de muerte, pirata). Bien analizados podemos deducir una crítica acerba contra el absolutismo, la pena de muerte y la política del momento. Hay también dos temas que trata y que se reproducen en la poesía de posguerra: la prostitución y la situación en que queda la mujer tras una ruptura matrimonial. Nos referimos a ello porque estos temas tan poco estéticos van a reproducirse con puntualidad en la poesía de los años 50 y 60. Son, en realidad, desde mi punto de vista, lo más interesante que aporta el periodo (si excluimos la poesía política publicada en el exilio o en la clandestinidad), pues de los poemas religiosos, patrióticos o existenciales poco se cita ya, y mucho me temo que el tiempo, juez insobornable, los relegará, definitivamente, al olvido.

Pero habíamos hablado de temas que reaparecían en la poesía de los años 50 y 60⁴, tímidamente surgen al principio en un autor como Biedma, que pasa por ellos casi de puntillas;

³ Habría que sumar otra serie de factores también importantes: la calidad de los poetas mencionados, el ritmo y musicalidad, su capacidad versificadora (que no todos los poetas poseen).

⁴ En realidad, mayoritariamente, en los años 60 comienza una nueva tendencia, más estética. Pero las épocas no obedecen a una matemática exacta, y el cartagenero José María Álvarez adentraba en su poesía a estos temas y personajes marginales, a un ambiente de decadencia producto del panorama político de esos años.

de hecho, si no se lee con mucha atención el tema del maltrato a la mujer o el reflejo que una actitud de libertad produce en una sociedad claramente conservadora, puede pasar desapercibido. Lo mismo sucede con la denuncia acerca de la falta de libertad de prensa, o de información acerca de lo que en el propio país sucedía: apenas unos versos sueltos. Más explícito es (sobre todo al final de su obra) con el tema de la homosexualidad. Pero veamos algún ejemplo que ilustre lo que digo porque, desde mi punto de vista, esta es la verdadera poesía social de la posguerra: tardía si se quiere (caso de Álvarez), apenas esbozada o encubierta en un contexto difuso (los “discos dedicados”, una melodía de fondo que resulta ser una canción de calidad nula), un congreso literario o una salida nocturna. Todo le sirve para introducir, muy de soslayo, al comienzo estos temas sociales o socio-políticos. Hemos de tener en cuenta, que en la terminología de la época, poesía social equivalía, sin más, a poesía política. Utilizamos aquí el calificativo social con el significado que en la actualidad se le confiere.

El primer contexto a que hemos hecho referencia, el marco de esos famosos “discos dedicados”, le sirve a Gil de Biedma para introducir la prototípica figura del joven de buena familia, fatalmente signado a seguir la saga familiar, y que, como sucedía en muchos casos, resultaba ser un más o menos convencido activista político, rojo por más señas, y, como en el ejemplo que nos ocupa, para redondear la guinda del pastel, poeta y homosexual:

En el nombre de hoy, veintiséis
de abril y mil novecientos
cincuenta y nueve
[...]
y asimismo en el nombre del pájaro
y de la espuma del almendro,
del mundo, en fin, que habitamos,
voy a deciros lo que entiendo.
Pero antes de ir adelante
desde esta página quiero
enviar un saludo a mis padres,
*que no me estarán leyendo*⁵

Comienza, según vemos, parafraseando el inicio de una oración: «En el nombre del Padre», y lo hace con una clara ironía, sustituyendo lo más sagrado por lo mínimamente cotidiano, por lo insignificante: en el nombre del pájaro, y de la espuma... Y de cualquier cosa que se le ocurra, todo, menos en el nombre de Dios, como se le había enseñado. Anuncia que va a decirnos «lo que entiendo», pero, no contento con esto, sirviéndose de ese contexto de los discos dedicados envía una dedicatoria a sus padres que, poco conformes con la trayectoria del hijo, no le estarán leyendo ni querrán –presumiblemente– saber nada de sus tendencias sexuales o actividades políticas, que más adelante el poeta explicita:

Para ti *que no te nombro,*
amor mío –y ahora hablo en serio–
[...]
Finalmente a los amigos,
compañeros de viaje,
y sobre todos ellos
a vosotros, Carlos, Ángel,
Alfonso y Pepe, Gabriel
y Gabriel, Pepe (Caballero)

⁵ Jaime Gil de Biedma, “En el nombre de hoy”, en *Antología poética*, Madrid, Alianza, 1981, p. 57. Cursiva mía.

y a mi sobrino Miguel,
 Joseagustín y Blas de Otero,
 a vosotros *pecadores*
como yo, que me avergüenzo
de los palos que no me han dado,
señoritos de nacimiento
por mala conciencia escritores
*de poesía social*⁶

Llamamos la atención sobre el recurso utilizado por Biedma: utilización de frases procedentes del ámbito religioso, coloquial, conocido por el lector para, seguidamente, sustituir algún elemento de la frase por otro, que es el que le interesa, para otorgar a la nueva frase un sentido diferente, normalmente irónico o crítico. Estas combinaciones imposibles o asociaciones heterogéneas fueron utilizadas por Gabriel Celaya en sus *Cantos Iberos*, en los poemas más representativos del libro. Resalto el dato porque me parece significativo, ya que se suele hacer coincidir este tipo de recurso con la poesía de los años 50, sin reconocer el precedente inmediato que es Celaya. La finalidad en ambos casos es idéntica: incluir la crítica política o religiosa.

En nuestro caso, el marco religioso estaría fuera de lugar. Comienza no respetando a sus padres, que no le leerán poco satisfechos de la orientación que el hijo está tomando, nombrando (ya en serio, según advierte, de lo que se deduce que lo anterior no es sino una burla, una ironía, puro sarcasmo) a su amor, al que no nombra, por razones obvias. Se podía insinuar, pero citar con nombres y apellidos a su amor, otro hombre, era arriesgarse con la censura. Cita más abajo a sus «compañeros de viaje», un viaje simbólico, el de la vida, en este caso dedicada a la poesía, a luchar por la libertad desde su ámbito. Más adelante y no a humo de pajas, a Celaya para, seguidamente declararse autor de poesía social, avergonzándose «de los palos que no le han dado», por pertenecer a esa clase privilegiada, a la que hacíamos referencia, de hijos de buena familia, «señoritos» a los que se les perdonaban ciertas travesuras o licencias. Pero, no nos engañemos, las licencias eran como mucho políticas, pensando —casi siempre acertadamente— que esos ímpetus de juventud derivarían en posturas más conservadoras conforme la edad y la vida les mostrara los múltiples inconvenientes que todo ello les acarrearía. Algo que, sin duda, se encargarían, de muchas maneras, no todas legales, de hacerles comprender. Me estoy refiriendo a las armas más rastreras utilizadas por esas posiciones conservadoras: la maledicencia, la murmuración, los perversos usos sociales que, tercos y sordos a las novedades legales, se aferran a los preceptos político-religiosos (en el régimen ineludiblemente unidos) para que todo quede como estaba.

Crítica Biedma, pero se incluye en dicha crítica, con lo cual el aire de la censura se mitiga. Se pierde el aire dogmático, excluyente, de la anterior poesía social, ganando en proximidad. Pero el autor, en un principio, se cuida muy bien de no rebasar los límites: una cosa es un cierto atrevimiento político y otra muy distinta declararse abiertamente homosexual. Hay que recordar que España era un estado confesional: todo lo que era pecado (homosexualidad, prostitución, infidelidad conyugal) era delito. Con el tiempo las leyes se suavizan, se da entrada a ciertas libertades políticas, se admite el divorcio relativamente pronto, se liberalizan las instituciones: hay más mujeres en la universidad, se da entrada en éstas a personas no vinculadas personalmente por parentesco a dichas instituciones, y, por último, se admite, legalmente la unión de homosexuales. El orden es ese, no nos engañemos. Pero, una

⁶ Gil de Biedma, “En el nombre de hoy” cit., p. 58. Cursiva mía.

cosa es la legalidad y otra, muy distinta, la recepción que una sociedad conservadora política y religiosamente hablando hace de esas novedades legales. Una sociedad que difícilmente se va a apear de sus privilegios y que va a hacer notar a los “disidentes” o atrevidos que creen que pueden hacer uso de esos “libertinajes”, que eso no es así y que va a seguir sin serlo, mientras ellos puedan impedirlo.

Jaime Gil de Biedma sabe dosificar sus incursiones. Para referirse al ambiente de pobreza y desolación en que quedan las ciudades republicanas o los familiares de los perdedores de la guerra apenas unos versos. Un poema, solamente, al respecto: “Años triunfales”, refiriéndose al triunfo de lo que se dio en llamar «la gloriosa cruzada nacional». Años difíciles para los vencidos, tratados con la vulgaridad, con «el desprecio de que es capaz / frente al vencido, un intratable pueblo de cabreros». El lema inicial, de Rubén Darío, orienta a qué se está refiriendo, dice así «y la más hermosa / sonrío al más fiero de los vencedores». Aunque nos retrotrae a mundos pretéritos, más adelante explicita:

Y pasaban figuras mal vestidas
de mujeres, cruzando como sombras,
solitarias mujeres *adiestradas*
-viudas, hijas o esposas-

en los modos peores de ganar la vida
y suplir a sus hombres. Por la noche
las más hermosas sonreían
a los más insolentes de los vencedores⁷

Denuncia Gil de Biedma la situación de desamparo en que quedan las familias republicanas, o sospechosas de haberlo sido (eran terribles las denuncias, el ambiente de vigilancia constante, la gente no hablaba de política, o bajaba la voz y miraba en torno para hacerlo, temerosa, recelosa). No tenían a sus hombres o, si los tenían, de poco les servían. Los pocos trabajos existentes eran para los vencedores, que incluso se permitían el lujo de escoger. El único recurso era la degradante prostitución, el perder lo único que ya les quedaba, la dignidad, el respeto.

El itinerario que ha seguido la sociedad española a lo largo de esa segunda mitad del siglo XX ha sido dispar. Por primera vez (si excluimos la Constitución de 1812) las leyes – que van respondiendo a los cambios que la sociedad va experimentando, suelen ser, por tanto, posteriores a dichos cambios– la Constitución de 1978 y posteriores leyes en que se desarrolla, van por delante de los usos sociales. Estaba muy mal vista la separación matrimonial en principio, más tarde el divorcio, mucho más que fuese una mujer la que tomase la iniciativa: legalmente estaba permitido, socialmente, condenado. Gil de Biedma en su poema dedicado “A una dama muy joven, separada”, ya desde el título nos da la clave: «muy joven», ingenua, creyéndose que lo que es legal, su derecho, puede ser real. «Separada»: la palabra ominosa, la que marca a la dama. Sólo al final, con un calificativo «el *bestia* de tu marido» podemos adivinar las razones justificadas de la separación. Ello no impide que el qué dirán, las escandalizadas de sus amigas o el resto de sus conquistas (calcados al marido) la crucifiquen. La genialidad de Biedma está en servirnos este tema, tan de actualidad por desgracia, enmarcado en una melodía que sonaba por la época, que recuerdo, precisamente, por lo mala que era. Decía algo así como: «Isabel, era una rosa, del jardín, la más hermosa. Un galán que la seguía, le dijo que la quería». Y el coro apostillaba «Isabel se lo ha creído» Finalizaba con la moraleja: «Niña Isabel ten cuidado, donde hay pasión hay pe-

⁷ Gil de Biedma, “Años triunfales”, en *Antología poética* cit., p. 85. Cursiva mía.

cado». Con esto Biedma parecía trivializar el tema, restarle importancia, pero nada hay en el poema superfluo. Veamos la composición:

En un año que has estado
casada, pechos hermosos,
amargas encontraste
las flores del matrimonio.

Y una buena mañana
la dulce libertad
elegiste impaciente,
como un escolar.

Hoy vestida de corsario
en los bares se te ve
con seis amantes por banda
-Isabel, niña Isabel-

Sobre un taburete erguida,
radiante, despeinada
por un viento sólo tuyo,
presidiendo la fàrra.

De quien, al fin de una noche,
no te habrás enamorado
por quererte enamorar!
Y todo me lo han contado.

¿No has aprendido, inocente,
que en tercera persona
los bellos sentimientos
son historias peligrosas?

Que la sinceridad
con que te has entregado
no la comprenden ellos,
niña Isabel. Ten cuidado.

Porque estamos en España.
Porque son uno y lo mismo
los memos de tus amantes,
*el bestia de tu marido*⁸

No se puede decir más en menos espacio. Se destaca la inocencia, la ingenuidad de lo joven, según hemos anticipado. Se alude a la falta de paciencia de la joven —se solía recomendar a las mujeres maltratadas paciencia y oración—, a su ingenuidad al ir, presumiblemente, contando a las amigas los pormenores de sus nuevos amoríos, esas son las “terceras personas”, que crucificarán a su ya ex-amiga viendo como aventuras peligrosísimas lo que la joven considera una nueva oportunidad para lograr el amor. Porque la joven busca el amor, no aventuras, que es lo único que sin embargo pretenden esos nuevos amantes, tan bestias, machistas y conservadores como el marido y la misma sociedad, una sociedad que pondrá en marcha sus terribles “usos sociales” que la irán relegando y haciéndole ver, de muchas maneras, lo insensato de su proceder.

⁸ Gil de Biedma, “A una dama muy joven, separada”, en *Antología* cit., pp. 73-74. *Cursiva mía.*

Afortunadamente, algo hemos avanzado en este tema, menos en el de la homosexualidad, sólo recientemente legalizada. No vamos a ahondar en el tema, que de muy diversos modos es abordado por Gil de Biedma, sólo incidir en el último aspecto tratado con respecto a la situación de la joven separada, en el de la repercusión social de la conducta atípica, a la que el poeta hace referencia en su poema “Contra Jaime Gil de Biedma” que comienza: «De qué sirve, quisiera yo saber, cambiar de piso, / dejar atrás un sótano más negro / que mi reputación –y ya es decir–, / poner visillos blancos / y tomar criada, / renunciar a la vida de bohemio, / si vienes luego tú, pelmazo, / embarazoso huésped, mismo vestido con mis trajes»⁹. Es evidente que el poeta se esfuerza por no escandalizar, por guardar las apariencias, aunque no lo logre, según vemos. Entra, en cierta medida, en ese marco social. Se recrimina a sí mismo por no ser capaz de dominarse y ceder a la mínima tentación, se lamenta de no ser ya un joven seguro de gustar, de haber envejecido, de los estragos que el tiempo ha hecho en su físico, acabando todo ello en una inevitable inmersión en el alcohol para olvidarse de sus problemas: «De tus regresos guardo una impresión confusa / de pánico, de pena y descontento, / y la desesperanza / y la impaciencia y el resentimiento / de volver a sufrir, otra vez más, la humillación imperdonable / de la excesiva intimidad»¹⁰. El sentimiento de pánico está relacionado con el qué dirán, con el miedo a que alguien (tras tantos esfuerzos por reconducir su vida, al menos en apariencia) le reconozca en tan penosas y comprometidas circunstancias. Es una feroz lucha consigo mismo, con el entorno, que acaba desembocando en su decidirse «vita beata», que resume magníficamente el sufrimiento, la desolación y, finalmente, la retirada del mundanal ruido de nuestro poeta: «En un viejo país ineficiente, / algo así como España entre dos guerras / civiles, en un pueblo junto al mar, / poseer una casa y poca hacienda / y memoria ninguna. / No leer, no sufrir, no escribir, no pagar cuentas, / y vivir como un noble arruinado / entre las ruinas de mi inteligencia»¹¹. Huelgan los comentarios. El poeta, como muchos jóvenes universitarios brillantes, también poetas o escritores, quería triunfar, «llevarse la vida por delante», pero es no la vida, sino la sociedad y sus férreas leyes no escritas la que acaba con sus ilusiones, deseando únicamente dejar de sufrir, huyendo del mundanal ruido. No es un caso único, es más, yo diría que es muy común en ciertas instituciones como, por ejemplo, la eclesiástica, el ámbito político o, sin ir más lejos, el más cercano ámbito universitario: instituciones todas ellas –sobre todo la eclesiástica y la universitaria– ancladas no sé en qué tiempo, pero, evidentemente no en el siglo XXI, en cualquier caso antes del establecimiento del estado de derecho, en el antiguo régimen, quizá, en el que los únicos derechos venían determinados por el capricho de unos monarcas o jefes que lo eran por herencia y no por méritos. Si analizamos las resistencias al cambio, a la apertura de estas instituciones (seguro que todos hemos vivido más de una peripecia y conocemos otras tantas) veremos que la historia se repite. Me viene a la memoria (no hay que pensar mucho) un poema de Carlos Bousoño significativamente titulado “Análisis del sufrimiento”, extenso poema del que sólo extraigo un fragmento que sí se entiende, creo, muy bien:

El cruel es un investigador de la vida,
un paciente reconstructor, un objetivo relojero, un perito
que quisiera conocer la existencia
el secreto de la vida que en el sufrimiento se explora.

⁹ Gil de Biedma, “Contra Jaime Gil de Biedma”, en *Antología* cit., p. 113.

¹⁰ Gil de Biedma, “Contra Jaime Gil de Biedma” cit., p. 114.

¹¹ Gil de Biedma, “De vita beata”, en *Antología* cit., p. 128.

El amante de la sabiduría está listo
 Para su operación delicada.
 Y la materia del análisis queda
 a su merced: un hombre sufre.
 [...]

 Y he ahí cómo *el cruel se equivoca*
 en su filosófica labor, *porque sólo quien sufre,*
 si acaso lo merece,
logra el conocimiento que el cruel buscara en vano.
Conoce aquel que sufre y no el que hace sufrir,
 éste no sobrevive a su conocimiento,
 y aunque tampoco el otro muchas veces
 puede sobrellevar esa experiencia
 terrible, logra en otras
 escuchar sorprendido
 el más puro concierto,
 la melodía inmortal de la luz inoíble,
 allí, en el centro mismo de la *humana miseria*¹²

Son varias las referencias que el autor hace del tema (“Investigación del tormento” es otro poema que me viene a la memoria). Más explícita es, quizá, la crítica que hace en “Desde todos los puntos y recodos y largas avenidas de mi existir” a las ambiciones o metas logradas por el ser humano sin percatarse de la precariedad de los logros. Utiliza para ello el procedimiento de inversión («pie que posase hacia delante en camino que retrocediese»):

¿Quién miro, tras esto, *marchar en busca de algo, yo no sé, de un raro*
por menor, de un pórvido, un matiz,
 [...]

 y está *llegando* al fin
 a lograrlo
 como un pie que posase
 hacia delante
 mas en camino que retrocediese?¹³

Es quizá el consuelo del que sufre las injusticias saber que, a pesar de su dolor, o precisamente por él, adquiere una sabiduría y una filosofía vital que el cruel ambicioso nunca tendrá. Como diría Gil de Biedma, tras tantos avatares, se llega al conocimiento de que el tiempo se agota, que nada de lo que considerábamos importante lo es:

Que la vida iba en serio
 uno lo empieza a comprender más tarde
 como todos los jóvenes, yo vine
 a llevarme la vida por delante.

 Dejar huella quería
 y marcharme entre aplausos
 -envejecer, morir, eran tan sólo
 las dimensiones del teatro¹⁴

¹² Carlos Bousoño, “Análisis del sufrimiento”, en *Antología poética 1945-1973*, Barcelona, Plaza Janés, 1976, pp. 288-289. Cursiva mía.

¹³ Carlos Bousoño, “Desde todos los puntos y recodos y largas avenidas de mi existir”, en *Antología* cit., p. 359. Cursiva mía.

¹⁴ Gil de Biedma, “No volveré a ser joven”, en *Antología* cit., p. 118.

Para finalizar, aludiremos brevemente al cartagenero José María Álvarez, ubicado en los años 60, cuya obra, no todo lo conocida y valorada que debiera, rubrica los aspectos anteriormente destacados: aparición de personajes marginales, recreación de ambientes degradados, reflejo del panorama de miseria y desolación de la posguerra, si bien él lo enmarca en unos tiempos pretéritos –la Antigüedad clásica, o la segunda guerra mundial– para evidenciar que la naturaleza humana sigue siendo la misma, que siempre el poderoso abusa del débil pero que, a su vez, lo necesita para descargar sus más bajas pasiones. Describe como nadie los ambientes portuarios, el marco de una ciudad como Cartagena que puede ser una ciudad española del siglo XX o de la Antigüedad. Las prostitutas a que hace referencia en *La edad de oro* no se diferencian de las que sitúa a finales de la segunda guerra mundial. Las primeras miran, indiferentes, cómo arde Roma, las segundas se afanan por prepararse para recibir a los vencedores, indiferentes asimismo del panorama desolador de muerte y destrucción que las rodea. Tienen que sobrevivir, lo mismo les da un amo que otro, nos encontramos con personajes marginales que se repiten, indefectiblemente, en todas las épocas, sobre todo en las más conflictivas.

Son todos ellos, elementos sociales, políticos (según la época en que los encuadremos), tan antiguos como la naturaleza humana y como el mundo. Tal vez deberíamos reflexionar sobre las repercusiones que en nuestros ámbitos respectivos tienen esas «leyes no escritas», esos perversos usos sociales que sólo sirven para destruir y alejar a esos jóvenes escritores brillantes o a esos otros universitarios ilusionados que únicamente hallan esas rígidas estructuras, esas instituciones incapaces de albergar y promocionar nuevos talentos, sólo atentas a la continuidad y a seguir ostentando el poder, que pretenden perpetuarse gremialmente y donde se suele premiar (salvo honrosas excepciones) el vasallaje y perseguir pertinazmente toda apertura y halo de libertad que sirviera para justificar su existencia.

El tiempo, juez inapelable, llevará a que todo lo temporal (y las instituciones lo son) desaparezca y solo quede el verdadero talento reflejado en las obras de nuestros más significados poetas. A él apela Gil de Biedma, resumiendo bien dónde acaban todas esas ambiciones:

Pero ha pasado el tiempo
y la verdad desagradable asoma:
envejecer, morir,
es el único argumento de la obra¹⁵.

Resumen: En el artículo se evidencia la falta de libertad en diversos ámbitos y épocas, preferentemente en la posguerra española. Tras el análisis, en clave literaria y política, de algún texto de Biedma, Bousoño o Álvarez, tratamos de evidenciar las dificultades con que la libertad se abre paso en la sociedad y cómo ésta, con sus perversos usos sociales (cuando ya no le quedan recursos legales) trata de ahogarla. La represión política y sus efectos en las clases más desfavorecidas: perdedores de la contienda y sus familiares, y el sufrimiento que la crueldad del poder establecido causa al opositor.

Palabras clave: posguerra, poesía, represión, Bousoño, Biedma, Álvarez, marginalidad.

Abstract: The lack of freedom is evident in different spheres and periods in the article, preferably in the Spanish post civil war. After the analysis, on a literary and political key, of texts from Biedma, Bousoño or Álvarez, we try to make the difficulties with which freedom opens its way in society evident and how the latter tries to drown it with its perverse social uses (when it no longer retains legal resources). The political repression and its effects on the most underprivileged classes: losers of the war and their relatives, and the suffering that the cruelty of the established power causes to the opponent.

Keywords: Post civil war, poetry, repression, Bousoño, Biedma, Álvarez, being underprivileged/excluded.

¹⁵ Gil de Biedma, “No volveré a ser joven” cit., p. 118.